

PALABRAS DE TOMAS REYES VICUÑA EN LOS FUNERALES DE
MANUEL FERNANDEZ DIAZ EFECTUADO EN EL CEMENTE-
RIO CATOLICO EL 27 AGOSTO DE 1977

Estamos aquí dando un testimonio que trasciende más allá de la muerte. Y se ha querido que lo exprese uno que, por largo tiempo y tantos motivos, fué caminante junto a Manuel Fernández Díaz, el que está en medio de nosotros.

¿Desde cuándo?. Hora y lugar se han esfumado. Tal vez habrá sido en un encuentro casual, al mediar la década del 30, en la Facultad de Arquitectura de la Universidad Católica de Chile, donde tantas veces han prendido inquietudes que terminan por converger, como en las perspectivas cuyas líneas apuntan inexorablemente hacia un lugar del horizonte. O quizás fué en la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos, cuando un nuevo espíritu parecía encenderse; o en cualquier parte donde emergiera la inquietud cívica, renaciente en ese entonces tras el silencio anterior.

No sé desde cuándo ni cómo, pero desde entonces y de ahí, sin proponernos nada, fué surgiendo una amistad, una identificación de anhelos profundos ante las grandes decisiones de la vida, anudándose una voluntad común.

Con prescindencia de lo que cada cual resuelve en su entorno proprio, en el cuadro de su afecto familiar, para el cual Manuel siempre supo mantener el cerco de la privacidad y dedicar lo más intenso de su cariño, su personalidad desbordaba generosamente más allá. Fué solidario con el prójimo: al de facciones marcadas para él no tuvo rostro desigual; el más mísero y angustiado recibió su mayor entrega; mientras más lejano estuviera, más entrañable le fué; si era discrepante, no deamayaba en participarle de algún modo su fé. Y todo ésto a pesar de su ademán terco, de su intransigencia esencial, en que el ancestro lucía a veces con la cruda luz y sombra peninsular.

Sería imposible desconocer que esa gran entrega a la comunidad, al pueblo entero, Manuel Fernández la cumplió fundamentalmente como regidor y alcalde de Santiago, interpretando su propia convicción y el sentir de su Partido, el Demócrata Cristiano. Desde el 21 de mayo de 1950 hasta septiembre de 1973, durante veintitrés años, ininterrumpidamente, la ciudadanía hizo confianza en él y él, siempre, supo responder a ella.

Cuando a fines del 64 fuera designado Alcalde, hasta el año 70, en que terminara tal función, la gente de la ciudad supo que a su cabeza había un hombre justo, abierto, firme, limpio, de gran conciencia profesional, atento para cumplir la difícil tarea de satisfacere jerarquizadamente las múltiples y dispares demandas de un pueblo grande en trance de estructurarse como metrópoli contemporánea. Nada le quedó arrinconado: ni lo urbanístico en su concepción integral, ni las diversas expresiones de la cultura, ni la preservación del medio ambiente, ni el abastecimiento o la respuesta a tantas aspiraciones sociales injustamente olvidadas. Fué entonces cuando la participación directa del pueblo, a través de las Juntas de Vecinos, los Centros de Madres y todas las organizaciones intermedias, hizo que la democracia se realizara en plenitud y el Municipio asumiera su auténtica misión integradora y representativa de la comunidad.

Los que colaboraron a su alrededor, obreros y empleados, lo respetaron y lo quisieron. Regidores y alcaldes de todas las tendencias reconocieron en él un valor, y lo eligieron Presidente de la Confederación Nacional de Municipalidades. Por su prestigio al canzó internacionalmente destacadas distinciones. Toda una vida identificada con el quehacer municipal marcó indeleblemente su existencia, pero ésta, por sobre todo, estuvo signada por un ideal.

Manuel Fernández fué un militante demócrata cristiano y, como tal, supo vivir la fraternidad. Jamás pensó en sí mismo. Desmejoró su legítima opción a realizarse como arquitecto en toda la capacidad que demostrara en el ejercicio de su profesión. Fué uno de los que entendió la trascendencia social de una tarea que no se resume sólo en la concepción, el diseño y la realización de un proyecto con deslindes limitados, sino de otro, cuyas cuatro esquinas coinciden con las del gran marco de las inquietudes fundamentales de un pueblo.

Por ello entregó en su juventud a la Falange Nacional y luego a la Democracia Cristiana todo el empuje de sus convicciones y de su decisión. Le correspondió asumir, además de sus cargos municipales, responsabilidades en el Consejo Nacional del Partido, como Presidente Provincial de Santiago, como candidato a Diputado y en innumerables funciones para las que fuera requerido.

Decir que Manuel es ejemplo para nosotros no tendría sentido, pues, por adversas que sean las circunstancias, nadie podría impedir que ya exista de él la imagen de un luchador sin tregua por el que es nuestro ideal común.

Sostenedor y enriquecedor del pensamiento humanista, comunitario y cristiano, echó las bases de la Editorial del Pacífico y murió en su servicio; dirigió, también, la Revista Política y Espíritu y estuvo presente en ella hasta que fué silenciada, en medio de un tiempo oscuro que estamos obligados a superar.

Ya Manuel no podrá ser testigo material de la alborada. Sin embargo, su serenidad para afrontar la vida, su entrega a los demás, su consecuencia, su entrañable amor a los suyos, su fé y sus obras, le abrán abierto de par en par las puertas de la inmensa y luminosa casa de Dios, desde donde se alcanza a divisar un camino que sigue adelante.

Nosotros decimos con Isaías, el profeta:

"Será como el terebinto y como la encina de los cuales al ser talados queda el tocón, y su tocón será semilla santa".

%%%%%%%%%

www.archivopublica.cl